

El Espíritu Santo, animador de todas las obras de la Iglesia

M.M. Philipon, O.P.

Presentación

La constitución “*Lumen gentium*”, del concilio Vaticano II, sobre el “misterio de la Iglesia”, contiene en su número 4 estas palabras que nos servirán de introducción:

“Cuando estuvo consumada en la tierra la obra que Dios Padre había encomendado realizar a su Hijo, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a su Iglesia y para que de este modo los fieles tuvieran acceso al Padre por medio de Cristo en su mismo Espíritu.

Este es el Espíritu de vida o la fuente que salta hasta la vida eterna.

Y por este Espíritu el Padre vivifica a los hombres..., hasta que resuciten sus cuerpos mortales en Cristo.

Ese Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo... y guía a la Iglesia a toda la verdad, y la unifica en comunión y ministerio...”

Asumamos con fe viva esa síntesis doctrinal del Concilio sobre la actuación del Espíritu Santo, y hagamos en cinco breves reflexiones un pequeño comentario que facilite su comprensión o al menos ofrezca puntos de meditación.

Tomaremos como base para las lecturas cinco párrafos del libro “**Los dones del Espíritu Santo**” escrito por el maestro en teología M.M. Philipon, O.P. y publicado en castellano por la editorial Balmes, en Barcelona, el año 1966.

1. Todos vivimos bajo la acción del Espíritu

En esta primera reflexión, hecha desde la fe, desde la creencia sincera en Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, se muestra que tanto las acciones de la vida íntima en Dios como de la vida espiritual del hombre están presididas y animadas por la fuerza unitiva y estimuladora del Espíritu Santo; y que esto acontece, para los creyentes, en cualquier momento, lugar o cultura. El Espíritu de Dios lo invade todo.

1.1 Punto de partida.

“La acción del Espíritu Santo domina el mundo. Y la verdadera historia de la Iglesia es la historia de Pentecostés continuada en las almas.

A través de todos los acontecimientos de este mundo, Dios quiere alcanzar su eterno designio: reunir en la unidad de una misma Familia divina a los hombres de todas las razas y de todos los tiempos “configurándolos a imagen de su Hijo” (Rom 8, 29).

Es ésta una obra de sabiduría, de poder y de amor, cuyo Artífice principal es y seguirá siendo el Espíritu Santo”.

1.2. Papel de la Iglesia.

En ese gran proyecto divino, “La Iglesia de Cristo es tan sólo la humilde servidora de la Divina Trinidad. Ella, animada por el Espíritu, trabaja con su Maestro (Jesús) para “reunir en la unidad a todos los hijos de Dios que se hallan dispersos” (Jn 11,51).

Utilizando una imagen que trate de hacernos sensible la verdad de la acción de la Divinidad a favor del hombre, digamos que

“Día y noche, por encima de nuestras agitaciones humanas, la indivisible Trinidad está como inclinada sobre nuestras almas para divinizarlas.

Dios Padre hasta envía al mundo, a nosotros, a su Hijo y a su Espíritu.

Invisibles misiones o envíos del Verbo y del Espíritu no cesan de iluminar a la Iglesia con la claridad de Dios y de conducirla al ritmo del Amor Eterno.

Y en nuestra propia existencia, es preciso verlo todo en dimensión de Iglesia...”

1.3. “Un mismo Espíritu anima a la Trinidad y a la Iglesia”.

- Él une al Padre y al Hijo en la Trinidad de una misma beatitud divina;
- Él anunció a los Patriarcas las divinas promesas;
- Él inspiró a los profetas;
- Él santificó a todos los justos del Antiguo Testamento;
- Él animaba en cada uno de sus actos a Cristo, Verbo encarnado, y a su Madre, la Corredentora del mundo;
- Él ayudó a los apóstoles y a los discípulos de Jesús en su misión;
- Él asiste a los sucesores de los apóstoles y a todos los fieles de todos los tiempos, para llevar a cabo la obra salvadora de Cristo...
- Ese soplo multiforme del Espíritu se adapta a todos los tiempos, a todos los lugares, a todos los estados de la vida, a todos los grados de cultura y civilización.

La infinita variedad de las obras divinas brota de un mismo espíritu de amor”

Esas es la sublime realidad de la vida en el Espíritu que todo lo invade con su fuerza y gracia.

2. Del "soplo" de Dios al "Espíritu de Yavé" en Israel

En esta segunda reflexión se hace un recorrido a través de las palabras, signos y acciones para mostrar cómo la realidad misteriosa del Espíritu Santo -Dios que actúa en nosotros con su fuerza y gracia-, se nos va manifestando progresivamente en los libros sagrados religiosos, como soplo, viento, aliento, espíritu...

2.1. El Espíritu Santo

Es la realidad más misteriosa de la Iglesia, y su progresiva revelación en la Escritura aparece como una obra maestra de la pedagogía divina.

En efecto, el secreto de la personalidad divina del Espíritu Santo solamente se nos revela al final de una lenta explicitación de lo que se contiene en datos bíblicos primitivos acerca de la "ruha" de Yavé, es decir, del "aliento de Dios".

2.2. Veamos, pues, qué es ese “aliento de Dios”

“La palabra “ruah”, en su sentido fundamental, primero, significa “soplo, aliento, respiración”. Y entendida como “soplo de Yavé”, evoca una fuerza invisible y terrible cuya acción penetra el universo entero.

- Así aparece ya en la primera página del libro del Génesis. Allí se habla del “Soplo del Espíritu Creador”, cuando se dice que “las tinieblas cubrían el abismo, pero el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas”.
- En otros libros inspirados, ese “soplo de Dios” se presenta como poder creador y vivificador, como estremecimiento de una energía divina que transmite las órdenes de Dios hasta los últimos confines del mundo (Sal 33, 6).
- Y en ocasiones, de ese “soplo de Yavé” se dice que es como principio de vida, pues todos los seres dependen de su “hálito” vivificador, como lo llama el Salmo 104, 29-30, cuando dice:

“Si tú escondes tu rostro, se conturban; si les retiras el soplo, mueren y vuelven al polvo. En cambio, si mandas tu Espíritu, se recrian, y así renuevas la faz de la tierra”.

2.3. Fuerza que mueve al pueblo de Israel.

Además de lo dicho, el “Espíritu” o “Soplo de Yavé” es una fuerza presente y actuante en todos los períodos de la historia de Israel, pueblo elegido:

“En situaciones extraordinarias, él se apodera de unos hombres y les hace cumplir las acciones oportunas que aseguran la liberación de Israel, como en el caso del juez Sansón.

En numerosas ocasiones, los elegidos del pueblo reciben en sí mismos el impulso del Espíritu de Yavé “para cumplir la misión de jefes o de reyes”

En misiones o servicios de mayor relieve, aparece como don permanente que enseña el discernimiento, cual aparece en Moisés y en sus “consejeros”...

Y en determinados casos, es “Espíritu de Yavé” que toma posesión de la persona y dirige sus manos o su mente creadora. Por ejemplo, toma posesión de David en su unción de rey, “reposa” sobre el profeta Eliseo, y dirige las manos creadoras de los artífices del culto...

2.4. El Espíritu de Yavé en los profetas y sobre el rey-Mesías.

“Pero es sobre todo en los profetas en quienes habita el “Espíritu de Yavé”. El profeta, según la Biblia, es “hombre del Espíritu” (Os 9,7). Por eso se dice que el Espíritu de Yavé anima a los profetas, provoca sus visiones y transportes extáticos, toma al profetismo como a un órgano permanente de acción.

Y en la culminación del profetismo mesiánico el “Espíritu de Yavé” es como el guía y el protector de Israel..., y reposa, sobre todo, con absoluta plenitud sobre el Rey-Mesías, al que asiste en el cumplimiento de su misión con el caudal de sus dones:

***Espíritu de sabiduría y de inteligencia,
Espíritu de consejo y de fortaleza,
Espíritu de entendimiento y temor de Dios” (Is 11,2).***

A partir de ese “Espíritu de Yave” que asiste en su misión al Rey-Mesías, se comienza a entender en el Nuevo Testamento la revelación del Espíritu Santo como Persona divina”.

*M. M. Philipon: Los dones del E. S.
Ed. Balmes, pp. 29-31.*

3. El Dios mesías, Verbo encarnado, revela al Espíritu

En esta tercera reflexión se expone, a partir de la Sagrada Escritura, cómo Jesús nos comunica la verdad sobre la naturaleza y carácter del Espíritu Santo en calidad de Persona. Es Persona divina que brota de la intercomunicación de amor entre el Padre y el Hijo. Es la relación de amor personificada, según nuestro modo de hablar. Y asume las misiones de enviado del Padre y del Hijo a nosotros como animador de todas nuestras buenas acciones.

3.1. Espíritu que lo renueva todo.

“Los profetas vislumbraron que los tiempos mesiánicos traerían la regeneración moral del mundo”, y que el Espíritu sería su artífice.

Isaías, por ejemplo, visionando aquellos tiempos, contempla primero cómo el “Espíritu de Yavé” reposa sobre el “Rey-Mesías” al iniciar su acción regeneradora, pero viene a

indicarnos que “cuando sea derramado sobre nosotros un Espíritu de lo alto”(32,15) todo Israel será renovado.

Y Joel, último en la serie de autores de profecías sobre el Espíritu, nos da este mensaje divino alucinante: el día de regeneración

“derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños y vuestros mozos verán visiones. Aun sobre vuestros siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días” (3,1-2)...

Pedro reconoció que esta profecía se cumplía el día de Pentecostés”.

3.2. Revelación de la Persona del Espíritu Santo.

“El Dios-Mesías, el Verbo encarnado, fue quien se reservó la revelación suprema de la persona del Espíritu Santo”.

“En el Antiguo Testamento, ni el Padre, ni el Logos, ni el Espíritu se habían manifestado claramente como Personas distintas. “Dios, como diría san Pablo a Tito, habitaba una luz inaccesible” (ITit 6,16).

Para hacernos esa gran revelación del Espíritu, fue preciso que “un Dios”, “el Hijo Único”, que estaba oculto “en el seno del Padre” (Jn 1,18) , viniera a nosotros en carne mortal y nos diera a conocer el secreto de DIOS en el que vivían Tres Personas divinas en la Unidad de ser.

Fue ese Hijo Único quien nos dijo : el Espíritu “procede” del Padre, y os lo envío Yo, porque “todo lo recibe de mí”. Por estas palabras sabemos que en el misterio insondable de Dios, el Padre es Dios persona sin principio, el Hijo es persona que procede del Padre, y el Espíritu es persona que procede del Padre y del Hijo.

3.3. Palabra de Jesús reveladoras del Espíritu.

Veamos, pues, algunos textos explícitos del Nuevo Testamento, en los que, de labios de Jesús, Hijo Único encarnado, se nos hacen esas revelaciones sobre el Espíritu Santo como Persona, y persona que anima nuestra vida:

- **“Yo rogaré al Padre {por vosotros, mis discípulos}, y él os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre” (Jn 14,16).**
- **“Yo os he dicho {a los más íntimos} estas cosas mientras permanezco entre vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho”(Jn 14, 25-26).**
- **“Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, Él os dará testimonio de mí”(Jn 15,26).**

- **“Muchas cosas tengo que deciros, pero no podéis sobrellevarlas por ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, Él os guiará hacia la verdad completa... Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo dará a conocer...”(Jn 16, 12-14).**

¡Deliciosas palabras de Jesús!. Están dirigidas a nosotros, sus fieles creyentes, y se complementan y armonizan perfectamente.

El Espíritu emana del Padre y del Hijo, como expresión de su mutuo Amor.

Nos lo asegura Jesús que lo sabe, pues es Palabra, Verbo eterno del Padre, Hijo. Sólo él puede expresar lo que ha visto cerca del Padre, lo que pasa en su inefable unidad.“Mi Padre y Yo, somos uno” , nos dice en el Evangelio de Juan (Jn. 10,30).

Y por el Padre y el Hijo es enviado al mundo, para llevar a su perfección la obra iluminadora del Verbo. Su misión será guiar a los apóstoles y a la Iglesia hacia la conquista de la verdad que salva, de la solidaridad que hace iguales, de la caridad que hace hermanos a los hombres.

En síntesis, digamos:

“Los Evangelios atestiguan que Jesús, en sus últimas conversaciones con los discípulos, no cesó de hablarles de la acción maravillosa del Espíritu Santo, de aquél otro ÉL en persona, que estaba llamado a convertirse en Ayudador de ellos, en su Defensor, Fortaleza y Santidad.

Y mientras así les iba hablando a los discípulos, Cristo, con su mirada, contemplaba al descubierto la obra que el Espíritu Santo haría en su Iglesia hasta el final de los tiempos. Nada se le ocultaba de la misión iluminadora y santificadora del Espíritu al servicio del Reino de Dios”.

*M.M. Philipon: Los dones del E.S.
Ed. Balmes, pp. 31-35.*

4. Irrupción del Espíritu: Pentecostés en la Iglesia

“La extraordinaria insistencia con que Jesús nos anunció el Espíritu es prueba de que, en su visión de la Iglesia, el Espíritu Santo había de ocupar un lugar muy principal. A él se le confiaban, en efecto, los destinos del Reino de Dios”.

4.1. La Iglesia, obra de Cristo y del Espíritu.

“Jesús había prometido a los suyos dos cosas: que Él permanecería, en persona, en medio de ellos hasta el fin de los siglos, y que ellos encontrarían en el Espíritu Santo, enviado por el Padre, una asistencia infalible y perpetua, un Defensor todopoderoso.

La Iglesia sería de ese modo la obra indivisible de Cristo y de su Espíritu".

"En el día de Pentecostés se inauguran, los tiempos nuevos.

Estos tiempos serán la fase última, definitiva, de la economía de la salvación.

Durará hasta que el Señor "vuelva", es decir, hasta que los pueblos, temblando, vean aparecer entre resplandores de gloria al Crucificado del Gólgota a quien ellos traspasaron" (Apoc 1,7).

Nos hallamos, por tanto, ante un inmenso periodo de historia salvífica que abarca todos aquellos siglos de lucha que Cristo tiene reservados a su Iglesia en la tierra: Iglesia militante en medio de las naciones, apoyada en Él y animada por el Espíritu del Amor.

4.2. Acontecimiento de Pentecostés.

"En cuanto a la comprensión del acontecimiento de Pentecostés, nada mejor que atenerse a la sencillez del relato de san Lucas en los Hechos (2, 1ss). En la mañana de Pentecostés, nos dice, cuando los apóstoles y los discípulos de Cristo se hallaban recogidos en oración, en torno a la madre de Jesús,

"de repente se oyó un ruido como el de un viento impetuoso, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, se posaron sobre cada uno de ellos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les impulsaba..."

Seguidamente, Pedro, uno de los Once, se levantó, y alzando la voz habló al pueblo diciendo a voz en grito:

"Judíos, y todos los habitantes de Jerusalén, oíd y prestad oído a mis palabras. Éstos que hablan no están borrachos, como vosotros suponéis... Es que ahora se está cumpliendo lo que anuncio del profeta Joel:

"Sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos e hijas..."

A Jesús de Nazaret... vosotros lo alzasteis en la cruz y le disteis muerte..., pero Dios lo resucitó... Salvaos de esta generación perversa..."

4.3. Perspectivas histórico-salvíficas de Pentecostés.

"Analizando el texto de san Lucas (Hechos de los apóstoles 2, 1-41), en él encontramos gran riqueza de contenido que cabe expresar así:

- Efusión del Espíritu de Dios, prometido por los profetas para los tiempos mesiánicos.
- Simbolismo fundamental del SOPLO de Dios, en el "viento impetuoso que invadió toda la casa"; simbolismo del FUEGO que evoca el Espíritu de Amor; simbolismo de las LENGUAS que alude a la misión de los apóstoles...

- Finalidad del don del Espíritu Santo: otorgado para obrar la renovación de los hombres...
- Declaración de que el Espíritu es como el Alma que anima y santifica a la Iglesia...
- Llamamiento de todos a la conversión, al bautismo de sangre y Espíritu...
- Convocatoria a la santidad de vida en Cristo: comunidad, caridad perfecta..."

4.4. Síntesis final: la era del Espíritu.

“El antiguo Testamento se desarrolló bajo el signo de la paternidad divina.

En el Evangelio se nos manifestó, se nos reveló al Hijo.

En Pentecostés se revela la actuante presencia e inhabitación del Espíritu.

Una indefectible continuidad enlaza al Nuevo Testamento con el Antiguo, según lo indica la tradicional imagen del “soplo”, que aparece también en el nuevo, pero atestiguando ahora no ya el pasar del “espíritu” sino la venida definitiva del Espíritu de Yavé con miras a una “nueva Alianza” manifestadora de las maravillas de Dios.

Pentecostés inaugura un periodo nuevo de la historia religiosa de la humanidad: la era del Espíritu”

*M. M. Philipon: Los dones del E. S.
Ed. Balmes, pp. 35-38.*

5. El Espíritu actuó en la Iglesia primitiva y sigue vivo en nuestros días

5.1. Se cumple la promesa del Padre

“En Pentecostés, la promesa del Padre se cumple: el Espíritu es enviado al mundo por medio del Hijo. Antes, dice san Juan en su Evangelio, “no había sido otorgado aún el Espíritu, porque Cristo no había sido aún glorificado” (7,39).

En verdad, el Espíritu de Yavé, que es el mismo Espíritu Santo, ya animaba a todos los justos del Antiguo Testamento; pero habría que decir que entonces no se había comunicado sino con mucha mesura.

Fue la muerte {y resurrección} de Cristo la que dio origen a una asombrosa efusión del Espíritu de Dios entre los hombres. La glorificación de Jesús a la diestra del Padre fue como la señal de la donación del Espíritu a todas las naciones.

Así lo proclamaba san Pedro en su primer discurso el día de Pentecostés: “**exaltado a la diestra del Padre, Jesús ha entrado en posesión del Espíritu Santo prometido**” y “**lo ha derramado sobre los miembros del cuerpo místico, beneficiarios de la redención...**”

5.2. Riqueza del Pentecostés eclesial

“El descenso o irrupción pentecostal del Espíritu de Dios estuvo acompañado de carismas extraordinarios:

fenómenos de lenguas, conversiones en masa, acontecimientos milagrosos. Pero todo esto, aunque resultaba necesario para el desarrollo de la Iglesia naciente, no era más que una serie de elementos accidentales del Pentecostés esencial o plenitud de posesión del Espíritu.

El sentido auténtico de esta teofanía es la “plenitud del Espíritu Santo” en las almas transformadas. He aquí el punto central, que será perdurable a lo largo de todos los Pentecostés que se sucederán en la Iglesia hasta la consumación de los siglos...”

5.3. Los “Hechos de los apóstoles”, Evangelio del Espíritu santo.

“*Los Hechos de los apóstoles son el libro inspirado que mejor nos revela la obra del Espíritu Santo en la Iglesia. Los Hechos son como un quinto Evangelio: el Evangelio del Espíritu.*

En ese libro se descubre al Espíritu Santo en acción, realizando los hechos y hazañas de Dios, tanto en los simples fieles como en los miembros de la Jerarquía. Es que todos, en la Iglesia, vivimos alentados por el soplo de un mismo Espíritu de Amor.

-Se entra en la Iglesia por el Espíritu Santo

-Se incorpora uno a Cristo por el Espíritu Santo.

-Nos convertimos en templos de la Santísima Trinidad por el Espíritu Santo...”

Todos los cristianos tenemos nuestro Pentecostés.

Por eso, cabe decir que toda la vida de la Iglesia aparece en germen en los relatos de los Hechos. También la nuestra.

En la primitiva Iglesia se nos muestra la vida en el Espíritu como

- Acciones y proezas de los Apóstoles, enseñanzas teológicas impartidas, vida ejemplar de las instituciones eclesiales...

- Perseverancia en oír la enseñanza de los apóstoles, en participar de la fracción del pan, en la oración...
- Unión de todos en la caridad y pobreza, poniendo los bienes en común...
- Voluntad de servicio al partir el pan en las casas y al tomar el alimento con alegría y sencillez de corazón...
- Entrega incondicional al servicio de misión... (Hch 2,42-47; 4, 32-35)".

En nuestra Iglesia, hagamos dos cosas:

Primero, demos gracias a Dios por el deslumbramiento que produjo la irrupción de carismas extraordinarios del Espíritu en la primitiva Iglesia de Cristo. Fue un signo providencial.

Después, sustraigámonos a ese efecto externo y profundicemos en la irrupción del Espíritu que hoy mismo, al iniciarse el siglo XXI, continúa transformando y tomando posesión de las personas para hacerlas vivir en Amor, en Servicio, en Misión. Hoy, como ayer, dejarse guiar por el Espíritu que habita en nosotros es la gran ley de Amor en la Alianza Nueva.

Y pensemos incluso sinceramente que ese Espíritu está actuando hoy en la Iglesia y en cada uno de los cristianos con la misma fuerza que en los tiempos primitivos. Lo que sucede es que nos resistimos demasiado a sus gracias y ello nos priva del esplendor de la santidad. Mas no olvidemos que aún en tiempos de secularidad, indiferencia, egoísmos, guerras y miserias, el Espíritu recibe cumplida respuesta en misioneros, hospitalarios, contemplativos, voluntarios, padres de familia, movimientos apostólicos que, por obra de la gracia, sienten el atractivo y el impulso de ese "aliento", "impulso", "soplo" del Espíritu en su vida, caridad, servicio, comunión, oblación de sí mismos por los demás.

Cfr. M.M. Philipon: Los dones...

BAC 2000, pp.35-38.